

# La penetración metafísica en el Marxismo Europeo

PABLO GONZALEZ CASANOVA\*

El marxismo actual se expresa en un mundo en que las relaciones de explotación del capitalismo clásico han sido formuladas por el neocapitalismo y eliminadas en el socialismo. La plusvalía afecta de manera desigual a los trabajadores del mundo capitalista, y no es la base de las desigualdades que subsisten en el socialista.

En una tercera parte del mundo las relaciones de explotación carecen de su significado clásico, inmediato y universal. En las zonas y países metropolitanos del neocapitalismo, el grueso de la clase obrera sufre una explotación relativa bien distinta a la del proletariado decimonónico y a la de los trabajadores migrantes o semicoloniales. En los países socialistas y de transición, el uso del excedente, con privilegios y estímulos para los cuadros dirigentes, y para los trabajadores con mayores responsabilidades y conocimientos, nada tiene que ver con la explotación de una economía cuyo fin es el lucro, y cuyo beneficiario es el propietario o burgués.

Las relaciones de explotación siguen siendo la esencia del conjunto del sistema capitalista. Explican parte significativa de las luchas entre los países imperialistas y los socialistas. Pero en unos y otros el

\* Tomado del suplemento "Sábado" del periódico uno más uno, editado en México.

problema del poder — a nivel interno e internacional — se plantea hoy con prioridad al de la explotación: muchos ideólogos proyectan la lucha por el socialismo como lucha contra la opresión. La propia explotación es definida como un fenómeno de opresión. Los casos de Marcuse o de Kolakowsky, que reducen la explotación a la opresión, son tal vez extremos; no excepcionales. Y existen casos, como el de Henri Lefèbvre, en que los autores, tras hablar de la importancia de la explotación en su sentido exacto, se olvidan de ella en busca del mal, del Estado.

Lefèbvre llega incluso a afirmar que los "neomistificadores" ya no son los que desconocen la "plusvalía" sino los que desconocen el Estado.

En las acciones a corto plazo, fuertes corrientes comunistas y socialistas de los países metropolitanos defienden proyectos democráticos. En las futuras, un socialismo democrático. Partidarias del socialismo, no conciben para Europa ninguna lucha que no sea democrática. Sus razones son múltiples. Una —muy atendible— es que las propias masas europeas no están dispuestas a renunciar a los triunfos anteriores: por formal y burguesa que parezca, la democracia parlamentaria y sindical tiene un contenido proletario.

Los eurocomunistas conciben una política de masas que imponga nuevas y crecientes formas democráticas. Con ellas piensan avanzar al socialismo, como evolución o revolución social y también política. Aunque se dividan en teorías y estrategias quieren democracia en el capitalismo y democracia en el socialismo. Reclaman —con Cerroni— la herencia cultural de la democracia proletaria y también de la burguesa. Pero a veces restringen cualquier democracia digna de ese nombre a las formas implantadas en las democracias metropolitanas del mundo capitalista, y otras identifican las formas de evolución política con las revolucionarias.

Una corriente más, que alienta en esos países, tiene raigambre anarquista mezclada a la más variada tradición crítica al poder. Proviene en forma directa de la cultura obrera, artesanal e intelectual del siglo XIX. Es parte de los supuestos de la inteligencia radical europea. Si la primera hereda planteamientos de la burguesía en su etapa revolucionaria y de la socialdemocracia marxista en sus prolegómenos evolucionistas, y combina liberalismo, marxismo y socialdemocracia, en versátil compromiso teórico, la segunda mezcla las ideas anarquistas contra el Estado con el proyecto comunista final de desaparición del Estado, y una y otras

con las más arraigadas formas de la expresión religiosa y metafísica. El objetivo central es el poder democrático de los trabajadores en que se llega a identificar democracia con poder democrático, poder democrático con socialismo y socialismo con comunismo

Eurocomunistas, trotskistas, radicales y contestatarios coinciden en enjuiciamientos del "socialismo real" con perspectivas distintas. Unas corresponden al deseo de alcanzar el "socialismo plural y democrático" —único que amerita a su entender el nombre de socialismo—, otras aspiran a limitar toda forma de opresión y explotación (no sólo la dominación y explotación capitalista) para substituir tanto el capitalismo como el socialismo alcanzado por un sistema en que desaparezcan el Estado y los aparatos del Estado, las clases sociales y las clases políticas. Algunos —como Mandel— llegan a proponer que en los países socialistas, a los que sólo califican de "postcapitalistas", se lleve a cabo una "revolución política", anterior o simultánea a la revolución social contra el capitalismo, sin que aclaren siempre si aquella debe llevarse a cabo antes, después, o al mismo tiempo que ésta.

En cualquier caso, grandes corrientes socialistas contemporáneas consideran que el Estado es un enemigo tan temible como el propio sistema de explotación capitalista, e incluso un sistema aún más temible que el capitalismo. En sus argumentaciones prevalece la censura al "poder" (autoritario, burocrático, socialista) más que al sistema de explotación capitalista. Ello puede explicarse o justificarse de muchos modos. Sólo que deriva en un discurso distinto al que expresaron la clase obrera europea y sus intelectuales revolucionarios cuando hicieron de la explotación el núcleo central de sus argumentos contra la propiedad privada de los medios de producción y contra el sistema capitalista dominado por los propietarios.

La lucha por la democracia, contra el Estado, por el socialismo democrático, plural e ideal corresponde a un discurso en que destacan varios problemas y tesis que no todos sostienen y que dan pie a múltiples polémicas. En todas estas tesis hay una característica común: encierran un contenido real frecuentemente expresado en las formas y ocultado por éstas. En el análisis del movimiento histórico actual expresan, con una gran dosis de ambigüedad e imprecisión, la dialéctica entre las formas y el contenido de ese movimiento. La contradicción entre las formas y el contenido de la lucha de clases (Hollaway) no es analizada siempre en su "tensión dialéc-

tica". Para decirlo de otro modo: el desarrollo histórico de una nación o conjunto de naciones no se analiza en las relaciones del Estado (del poder) con el capital, ni en medio de contradicciones internas e internacionales de la acumulación. Las formas estatales se separan de las relaciones de producción y de las estructuras que reviste la propiedad de los medios de producción y acumulación.

Lo real pasa fácilmente a depender de lo formal, y la relación pasa fácilmente a reducirse a la Causa. Son dos argumentaciones en que aparece a partir de lo real, lo metafísico, o en que lo real es mediado u oscurecido por lo ideal. El problema consiste en que existiendo un movimiento real éste emerge mistificado; en que existiendo valores históricos de clases concretas, éstos son formalizados o sustancializados. De allí deriva la gran variedad de tesis y polémicas cuya forma de validación queda limitada también por el razonamiento formal que opera como esos mecanismos defensivos del psicoanálisis a que se refiere Laing y que aquí se aplican a "la política de la familia" marxista. Lo real, lo probado, se vuelven discutibles por lo formal de tesis y razonamientos. Entre las muchas tesis destacan algunas en que la realidad aparece envuelta, oscurecida, "des-realizada" por el formalismo. Entre esas tesis se encuentran las siguientes: 1a. La consideración del poder como mal en sí separado de las clases. 2a. La identificación del poder, el Estado y los aparatos del Estado —en especial la burocracia— con la clase social. 3a. La crítica a las mediaciones estatales del socialismo como instrumentos de una nueva clase social (que no es el proletariado) o de la misma (que sería una especie de burguesía de Estado). 4a. La identificación relativa de los sistemas sociales: el "socialismo real" aparece como un nuevo capitalismo de Estado, o como mera función del capitalismo mundial; en el mejor de los casos es un "estado de transición al socialismo", o un "proletariado burocratizado" que no sólo reclama un nuevo proceso de reformas sino un nuevo proceso revolucionario, indefinidamente insurreccional. 5a. La denuncia de la alienación y de la reificación como fenómenos de poder, de dominación cultural, ideológica, política y económica que no dependen de la relación de explotación o la sobre-determinan, y en que la explotación aparece poco o nada vinculada a la ley de la plusvalía característica del capitalismo. 6a. El recurso a una categoría llamada "sociedad industrial" —equivalente a las "fuerzas productivas desarrolladas" y su impacto social, cultural, político— con ausencia de análisis de los sistemas sociales —de los modos y relaciones de producción y su impacto social, cultural y político—. (Igualados vagamente los "sistemas sociales", el análi-

sis formula críticas idénticas contra el capitalismo y el socialismo por la ausencia de una "democracia directa", ideal, sin mediaciones entre los trabajadores y el poder). 7a. La argumentación en el sentido de que lo importante —en general, o para alcanzar el socialismo— no es la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción. Con dos variantes, una definitiva, que destaca el poder directo sobre los medios de producción como clave de la solución y el socialismo y otra en que se afirma que la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción es condición necesaria pero no suficiente para alcanzar el socialismo, de donde se pasa a afirmar que no son socialistas los países donde ha desaparecido la burguesía, o a usar otros expedientes que tienden a identificar a los países capitalistas y socialistas. 8a. La ausencia de datos —que serían contrarios a la retórica del discurso— sobre las diferencias de los sistemas sociales en el uso racional de los recursos, en los grados de irracionalidad o racionalidad de la economía (caos o racionalidad en la producción, magnitud y alcance de la crisis, medidas anticíclicas destructivas y expoliadoras, tasas de crecimiento y desarrollo en condiciones tecnológicas comparables). 9a. La ausencia de datos sobre la solución a los problemas del hambre, el vestido, la salud, la educación, la habitación, el desempleo en los países capitalistas y en los socialistas. O el rechazo de este tipo de datos con el contrargumento de que "lo importante no es nada más eso" o de que "eso no es lo importante". 10a. La negativa a aceptar toda diferencia lógica a partir de la defensa de la vida o de la comida, y la preeminencia de la lógica de "la calidad de la vida". Así, la descalificación como lógica "estalinista" de cualquier razonamiento de lucha aguda o guerra, y como lógica demagógica neomistificadora de cualquier razonamiento sobre los niveles de vida y su relación con los fenómenos de explotación, propiedad y acumulación. Al mismo tiempo, el ataque de "estalinistas" a las críticas o medidas contra la cultura de la "sociedad de consumo" en los países socialistas, y la aceptación de las mismas como prueba de que esos países "no son socialistas". La identificación de "la calidad de la vida" a la lógica respetable de los valores absolutos y a la cultura clásica del idealismo y la tragedia. De estas y otras proposiciones retóricas que se presentan como objetivas, comprensivas y científicas una parte se explica por los requerimientos polémicos, otra obedece al deseo deliberado de contribuir al embrollo del movimiento real en lucha por el socialismo o a la angustia de haber contribuido a él, y una más (de que se aprovechan las anteriores) sólo puede ser explicada por *la dialéctica de los planes de un socialismo mejor* inserta en una dialéctica mucho más rica y compleja

de la prevista. Así, la dialéctica programática, surgida de lo real y en choque con lo real, topa con el doble problema de su debilidad en la comprensión y en la transformación, y pierde parte de su legitimidad, e incluso de su eficacia.

Las variantes ocurridas en el sistema mundial de explotación; el carácter preeminente que en los países metropolitanos cobró la explotación relativa; el desarrollo de amplias clases medias y de importantes sistemas de acción política, sindical, democrática, aunado al de fuerzas productivas y niveles de vida que llegaron a cambiar la proporción de los pobres hasta hacerla minoritaria en muchos de esos países; la utilización para tales fines del desarrollo científico y de las más altas tecnologías; la acumulación y reproducción primitiva y ampliada del capital colonialista e imperialista que permitió grandes transferencias del valor generado por las clases trabajadoras de la periferia colonial y neocolonial, determinaron que en las zonas y países metropolitanos del mundo capitalista la relación de explotación dejara de ser una categoría *central e inmediata* de la vida y la inteligencia. Se sentaron así las bases para pasar de la categoría de la explotación a la del poder y se regresó a la metafísica. En el regreso hubo otro cambio de estructuras y sistemas muy significativo. El socialismo que se inició en Rusia en 1917 y que se extendió a varios países del mundo, resolvió importantes problemas, pero por los antecedentes culturales de esos países, o por las leyes propias de la acumulación socialista (y también por el cerco del imperialismo), en el interior de sus fronteras no siempre se desarrolló ni la gran cultura humanista ni la gran cultura libertaria de que fueron expresión sus principales líderes desde Marx hasta Lenin. Mientras tanto aparecieron formas autoritarias de gobierno que vinieron a frenar los proyectos largamente acariciados de una democracia directa —llamada de los “soviets” en la primera fase de la Revolución Rusa— sin que se forjaran regímenes equivalentes a los de la democracia burguesa para la institucionalización de la crítica y de la disidencia, fenómeno que ocurrió en ciertos espacios y tiempos de la historia europea y en menor grado de la norteamericana sobre todo en lo que respecta a la libertad de crítica ideológica no revolucionaria. Las contradicciones de la democracia “burguesa” o “formal”, parlamentaria, ideológica y política, y el aliento por el imperialismo de fenómenos autoritarios y totalitarios de una inmensa brutalidad, como el nazifascismo, y de las políticas genocidas, racistas, despóticas, destinadas a la exterminación de los opositores y de la población inútil o adversa a la acumulación, así como al saqueo y la explotación de los trabaja-

dores de la mayor parte del mundo, no quitaron legítimo atractivo a una cultura crítica y democrática que los propios movimientos obreros de esos países, contribuyeron a forjar, en luchas de masas primero predominantemente ilegales y perseguidas, y después negociadas, legalizadas en el campo sindical y político, cultural y económico.

A la reestructuración de la relación de explotación en los países metropolitanos y al desarrollo de las formas democráticas de vida que se convirtieron en parte de los valores y costumbres de los trabajadores manuales e intelectuales dispuestos a defenderlas se añadió, sobre todo en los países metropolitanos, un repudio creciente a las características políticas que cobró un socialismo autoritario, empeñado en defender incluso sus errores por medio de la fuerza y de la intervención armada, como ocurrió en Checoslovaquia.

La primavera de Praga de 1968 fue el inicio de una crítica creciente, temerosa de imponer en Europa un socialismo parecido al soviético, y aún más temerosa del peligro de una invasión soviética. Las burguesías europeas supieron aprovechar ese temor y esa crítica en múltiples formas. Pero ni el temor ni la crítica provinieron sólo de su seno ni sólo fueron burgueses o pequeño-burgueses. Surgieron de todas las organizaciones e ideólogos socialistas y comunistas, así como de todos los grupos, corrientes e intelectuales de la izquierda europea hasta que las viejas líneas del pensamiento de la Internacional —en auge durante la época de Stalin— desaparecieron prácticamente del pensamiento occidental comunista y dieron lugar a necesarios movimientos autónomos en la política de la ideología. Sólo que las preocupaciones legítimas de estos movimientos y de sus intelectuales —colectivos o individuales— dieron lugar a una crítica del socialismo y a un planteamiento de la democracia, completamente desvinculados de la relación de explotación, y necesariamente metafísicos.

El poder, el Estado, la burocracia, el Goulag, todos los generadores de Dios y la metafísica, entraron en escena y se adueñaron del razonamiento en mayor o menor grado. Volvieron a ser las clásicas categorías que la *relación* de explotación como instrumento analítico había destruido en su condición ontológica, y que había determinado como parte de un problema elemental y universal del hombre, en el que los socialistas encontraron las bases de un *sujeto* histórico *objetivamente relacionado* con los explotadores y opresores, al que se debía de eliminar eliminando *la relación* como mo-

tor y esencia del sistema. Reapareció así un análisis del mundo que no controló de manera rigurosa el vínculo de cada fenómeno con la relación de explotación en sus características generales y variantes, y con las de una lucha de clases estructuralmente complicada y mediatizada.

No se olvidó la relación de explotación en forma sistemática pero tampoco se usó en forma sistemática. De la democracia se habló fuera del contexto de las relaciones de explotación. Del Estado y la política, el socialismo, de las propias clases sociales se habló frecuentemente con olvido de la "relación social determinada" y de sus variaciones concretas en el neocapitalismo y el neocolonialismo. Las luchas por la democracia y contra las distintas formas políticas dictatoriales, o contra un socialismo de "rostro" autoritario, se convirtieron en luchas que olvidaron y confundieron las estructuras esenciales mediatizadas. Reapareció así necesariamente el pensamiento metafísico.

Un sujeto fundador —el Estado— volvió a ocupar el papel de Dios o del Ego. La Idea y la anti-Idea restablecieron una metafísica laica que sólo en apariencia siguió empleando el lenguaje y los conceptos del socialismo científico.

Los problemas se complicaron más. El neocapitalismo no sólo mediatizó la estructura de la explotación sino su dialéctica.

La dialéctica de la explotación siguió un curso más complicado del previsto. Los fenómenos evolucionistas, y no nada más revolucionarios, dieron lugar a variaciones inesperadas. El deseo de explicar toda la dialéctica solamente por sus formas evolucionistas o solamente por las revolucionarias determinó nuevos errores en la generalización, en la predicción y en la práctica. La evolución y la revolución se vieron como elementos opuestos, contrarios, y sus contradicciones como una dialéctica mítica al uso de la nueva metafísica. Unos sostuvieron que se llegaría al socialismo por el Progreso, otros que se llegaría por la Crisis. No nada más los evolucionistas fueron metafísicos que negaban en todo la revolución. También fueron metafísicos los revolucionarios que negaban en todo la evolución, y que llegaron hasta ocultarse la *posibilidad y la necesidad* de la evolución en algunas regiones y períodos. El desarrollo histórico real, hecho de evoluciones y revoluciones, fue sustituido por la lucha entre contrarios.



La metafísica cobró así tres características significativas. En una, vuelve a una dialéctica cuya base no es ya la relación de explotación: postula así una dialéctica sólo evolucionista. En otra, sostiene una dialéctica en que la relación de explotación es de por sí revolucionaria. Y en una tercera, extrema y más desesperada, rechaza la validez de toda dialéctica; así no sólo pierde el concepto de explotación sino el de las relaciones dialécticas constantes y variables, determinantes y determinadas, espontáneas y acumulativas, orgánicas.

En los distintos períodos de reformas y auge de las fuerzas productivas se niega rango científico a la dialéctica de las relaciones de explotación reservando lo científico a la evolución. En los momentos de crisis, y en las zonas dependientes y coloniales cuya situación crítica es más constante y acentuada, se vuelve a pensar (o sigue pensando) en una evolución prefijada de contradicciones crecientes, en una evolución progresivamente revolucionaria de los términos de la relación de explotación. Hay dialéctica formal que no prevé la ruptura, y dialéctica formal que no prevé la recuperación, la reestructuración. Al olvidar la explotación se olvidan sus variables.

Los errores de estructura y de probabilidad de algunos textos del marxismo clásico, cuya concepción relativamente lineal y calificadora llevó a pensar que se acentuarían necesariamente las contradicciones entre los explotadores y los explotados, así como las del propio sistema de explotación, hasta el "colapso" del mismo, dieron lugar a que se negara validez a las tesis sobre la crisis como ruptura y revolución. Se practicó más la evolución y se hizo una hipótesis teórica de la evolución. La respuesta fue también metafísica. *La forma* de la dialéctica ocultó las relaciones dialécticas reales. Si en el primer caso todo el campo teórico-práctico resultó ocupado por las mediaciones de la explotación, tal y como entonces se daban, en el segundo se rechazó en la práctica ese tipo de mediaciones —como parte de una lucha revolucionaria—, y lo que es más, una vez perdida esa lucha, muchos revolucionarios derrotados se quedaron en las mediaciones, postulando que con éstas no sólo podrían mejorar su condición, sino alcanzar el poder y cambiar el sistema social hasta acabar con la explotación. En los países donde triunfaron los revolucionarios vino un rechazo teórico principista contra todas las mediaciones del neocapitalismo y una descalificación sistemática de quienes los reconocieron como nueva realidad. Estos los reconocieron para dejar de ser revolucionarios y

se llamaron a sí mismos revisionistas. Aquellos sostuvieron que toda revisión era contrarrevolucionaria y negaron las mediaciones creyendo que sólo así eran revolucionarios. Ambos se fijaron más en sustituir o mantener la forma original de la dialéctica que en encontrar sus manifestaciones históricas. De esa manera no se profundizó por lo general en la evolución de los términos de la relación de explotación, en las reestructuraciones funcionales, tecnológicas, sociales y políticas que a largo plazo constituyeron nuevas relaciones concretas de la lucha de clases. En ambos argumentos se deterioró el pensar dialéctico: en uno por rechazo de su esencia mediada pero *subsistente*, en otro por rechazo de sus mediaciones concretas en el capitalismo de los países metropolitanos y en algunas zonas metropolitanas de los propios países dependientes. La evolución se hizo sin teoría revolucionaria, y la revolución sin teoría de las evoluciones. De una y otra surgieron conceptos y generalizaciones abstractos, incapaces de explicar teórica e históricamente la discontinuidad de la evolución, o la discontinuidad de la revolución. Sólo Gramsci habría de superar ambas posiciones.

El problema se planteó en la falta de distinción entre los *cambios del sistema — o dentro del sistema—* y los *cambios de sistemas—de un sistema a otro—*. La dialéctica misma del neocapitalismo impuso obstáculos a esa distinción y los impone hasta hoy. Las tendencias de los cambios en un sistema social no son analizadas como parte de su dialéctica real, o son extrapoladas de un sistema a otro como típicos de todos los cambios. De allí surge la polémica persistente entre "ortodoxos-revolucionarios", de un lado y "revisionistas - reformistas" de otro. En la disyuntiva que exige optar por unos u otros está la metafísica. Detrás de esa disyuntiva se halla la idea de optar entre *formas que encierran la verdad*. En los "ortodoxos", la descalificación política e ideológica de personas, grupos, tácticas, que frenan con reformas y mediaciones políticas *el proceso revolucionario esperado o preparado*, llega a anular el análisis de las tendencias a la reestructuración del sistema capitalista, con sus inesperados márgenes de libertad y necesidad en la "funcionalización" o control de la lucha de clases. Los ortodoxos perciben el surgimiento del neocapitalismo como error, oportunismo, traición, esto es, lo perciben sólo en el orden de las discusiones tácticas. El discurso táctico se convierte en teoría. El discurso que se opone a un movimiento no se recompone cuando el movimiento se da. Se queda fijo y se fija en los textos originales de la lucha original, ya sin sus condiciones. (O erige las nuevas condiciones o algo definitivo. Es la contraparte).

Los críticos que combaten la decisión de una política reformista, incluso cuando ésta triunfa y altera las condiciones concretas de la lucha de clases, se niegan a aceptar una *libertad del sistema* mayor a la originalmente prevista y, derrotados en ese campo y circunstancias, no ven la *necesidad* de esa libertad *con* sus límites. En todo caso se empeñan en hablar sólo de sus límites. En cambio los reformistas y revisionistas consideran como leyes de probabilidad o tendencias para el cambio de sistemas, aquellas que sólo son aplicables en el interior del *actual sistema*, durante períodos y espacios discontinuos. Estos acusan de anticuados y dogmáticos a los "ortodoxos" y a los revolucionarios. Caen también en la metafísica. Si la dialéctica real del cambio en el sistema capitalista resultó más rica que sus formas originales, la dialéctica real del cambio del sistema capitalista al socialista parece en principio aún más rica de lo que unos y otros piensan en las coyunturas de la lucha, y que unos y otros transforman en la teoría general de la lucha, ya para pedir el apego a los "textos originales", ya para exigir que se "revisen".

En el fondo existen dos confusiones ligadas a la ausencia de una combinación que se da en la realidad: la de evolución con rupturas y la de reformas con revoluciones. En la base de la confusión se encuentra —a un cierto nivel sociopolítico— la diferencia entre *relaciones sociales y factores de cambio social*, la incomprensión de la lucha de clases como relación social determinada, en que las clases dominantes tienen posibilidades de control relativo para sobre-determinar las estructuras del proletariado y la propia relación proletariado-burguesía. En efecto, la innovación tecnológica, la organización administrativa y empresarial, el colonialismo y el neocolonialismo, esto es, la productividad y la apropiación de excedentes periféricos en beneficio de la dominación metropolitana y monopólica, permiten la reproducción del sistema burguesía—proletariado, ya reestructurado, ya sobredeterminado con *factores y relaciones reformadas — "funcionales"*—, que no acaban con la relación esencial de explotación ni con su dialéctica general, pero que la alteran, la modifican precisamente para prolongar su propia existencia y la de sus propios beneficiarios (burguesía y gran burguesía, capital y capital monopólico, pero también obreros con mejores condiciones de vida que otros obreros y trabajadores, y crecientes clases medias que en parte se nutren de la antigua pequeña burguesía y en parte de los propios obreros).

En el marxismo clásico la diferencia entre *cambios en el sistema y cambios de sistemas* es apuntada con distintos procedimientos de

análisis en la crítica de la economía política y en la crítica de la política. Pero en el propio *Capital* "no se trata del *grado mayor o menor* de desarrollo de los antagonismos sociales derivados de las leyes de producción capitalista, sino del estudio de esas leyes, de esas tendencias en cuanto operan y se efectúan con *férrea necesidad*". Esto es, no se estudia en forma central y con sus implicaciones políticas un fenómeno que por lo demás no se daba entonces al menos con la profundidad que alcanzaría más tarde: la alteración de factores y variables, la manipulación de subconjuntos, la forja de estructuras de mediación sociopolítica montadas sobre el mercado y la mercancía. En efecto, cuando Marx escribió *El Capital* la burguesía europea todavía no había iniciado esa inmensa respuesta político-económica al proletariado, que dio pie a la dialéctica del neocapitalismo y el neocolonialismo. En algunos textos clásicos de Marx y sobre todo de Engels, se registraron algunos de esos cambios. Desde el otoño de 1850 ya Marx y Engels habían destacado la importancia que tenía el restablecimiento de la prosperidad, y habían señalado "el final provisional del movimiento revolucionario", pero todavía prosperidad y crisis se veían como fenómenos naturales. La burguesía no tenía una política para reestructurarse y para reestructurar la sociedad a modo de sacar ventaja hasta de la crisis, y de encontrar apoyos hasta en el proletariado. Conforme ocurrió la concentración de capital en su etapa monopólica, conforme se estructuró la "aristocracia obrera", y se desarrollaron las luchas parlamentarias y los compromisos político-sindicales de la social-democracia, Marx y Engels reconocieron los nuevos cambios. Pero en verdad ninguno de ellos se aplicó a distinguir las "leyes naturales", propias de la *evolución de los términos de las relaciones*, respecto de las leyes de ruptura del capitalismo evolucionado. Engels haría un análisis precursor, pero habría que esperar a Gramsci, para que la originalidad del problema fuera abordado en su carácter global.

Joachim Hirsch ha señalado otra ausencia en *El Capital*, de esas que son lamentables para quienes se limitan a conocer el mundo solamente a través de ese libro extraordinario. Según observa Hirsch, en *El Capital* no se hace énfasis en la acumulación original ni en la violencia, sino en la acumulación ampliada, base de la reproducción hegemónica que tampoco estudió el autor del inmenso movimiento teórico y revolucionario; y que corresponde a las reformas de las estructuras sociales y de los sistemas políticos, esto es, a cambios cuantitativos y cualitativos que reproducen y protegen la relación de explotación, ocultándola, mediándola, media-

tizándola. *El Capital* desbrozó el punto esencial y con él, y limitado a él, impuso muchas de las grandezas y limitaciones del socialismo científico en su versión original. Desentrañó la esencia de la explotación capitalista y de la propiedad privada de los medios de producción que funda el mercado universal —primera mediación—, incluida la venta “libre” de la fuerza de trabajo libre explotada —mediación fundamental del trabajo enfeudado o esclavizado—. Pero ni puso énfasis en la acumulación originaria y las relaciones de dominación y violencia, ni se propuso analizar la acumulación ampliada en sus vínculos con la política tecnológica, económica, financiera, sindical, parlamentaria, que generarían estructuras entonces inexistentes. La legitimidad del análisis de lo esencial no permite automática o formalmente —ni fue ése el objetivo de su autor— resolver el problema de la acumulación original y de la violencia en la historia universal del capitalismo desde sus orígenes hasta nuestros días, ni esclarecer las evoluciones y rupturas políticas del capitalismo en las etapas de acumulación ampliada y en las de crisis de acumulación. Convertido en texto, *El Capital* efectivamente no logra resolver ninguno de los problemas que se vuelven centrales en la acumulación ampliada, con la crisis de la acumulación, y con el *constante retorno* de la dominación, de la acumulación original o primitiva, de la violencia conquistadora.

La problemática que Hirsch habría querido ver más ampliamente analizada en *El Capital* fue tratada en las muchas páginas que los clásicos del marxismo dedicaron al estudio de la acumulación original, de la violencia del Estado y de la violencia revolucionaria, como reconoce el propio Hirsch. Lo que Marx casi no estudió ni aún desvinculado de *El Capital* —entre otras razones porque no existían o no había adquirido el peso que tendrían después— fueron esas combinaciones cualitativas y cuantitativas, esas reestructuraciones y organizaciones que sólo cobran pleno auge en el neocapitalismo —en el capitalismo que ya ha aprendido a combinar la represión y la negociación— y que se defiende de las formaciones y organizaciones del proletariado, y de las crisis, con una dialéctica de reestructuraciones, que va a hacer considerablemente distinta la lucha de clases y de las organizaciones, la crisis y la revolución, entre evoluciones, hegemonías, legitimidad y violencia.

Al omitir el “mayor o menor grado de desarrollo de los antagonismos del sistema social”, el análisis original de la explotación envolvió, o dejó oculta aún, una parte importante del movimiento real que se incubaba en la lucha de clases. Esta transformó el sistema

por "contragolpe" (y aquí sí por contragolpe) mediante un proceso de medidas y reformas "funcionales" a los intereses de la burguesía de los países dominantes y de las zonas dominantes. Las medidas y reformas irían desde el desarrollo de las fuerzas productivas, la tecnología científica y la concentración del capital, pasando por el sindicalismo y el parlamentarismo, hasta la reestructuración de los aparatos del Estado, y el establecimiento a nivel interno e internacional de zonas de *mayor y mejor grado* de peligrosidad en los antagonismos de clase, con diferencias y desigualdades útiles a la clase dominante, para sus negociaciones y represiones en el uso del excedente.

El conjunto de cambios en los términos de la relación y en la distribución social y espacial de la relación afecta profundamente la dialéctica del sistema a nivel transnacional y en el interior de cada nación-estado. Aunque no acabe con la relación de explotación y su "férrea necesidad", ni con todas sus implicaciones respecto al Estado, a la dictadura social de la burguesía y sus aliados o soportes, a la violencia de clase, a la ruptura revolucionaria y sus variantes, el conjunto de los cambios es capaz de oscurecer *objetivamente* (y también con una política de masas) el carácter esencial del sistema en lo que tiene de explotación como un todo universal visto desde sus partes. Centro y periferia, a nivel internacional e interno, colonialismo y neocolonialismo internacional e interno, estratificación social internacional e interna sin razas y con razas, diferencias urbanas y rurales internacionales e internas, diferencias de trabajadores calificados y no calificados, de empresas grandes y pequeñas, de punta y tradicionales, y entre los distintos departamentos de cada una, así como el desarrollo también internacional e interno de amplias capas de empleados de "cuello blanco", profesionistas, burócratas y técnicos, todo ello complementado con una política colosal para el manejo de los *mass media* deriva en una geografía internacional, nacional y regional de la represión, la negociación y el convenio que se expresa en las más variadas formas de la historia de los ejércitos y las policías, en sus guerras internacionales e internas, así como en los más distintos tipos de desarrollo político y sindical, con variantes espaciales y temporales que organizan los centros de poder en función de los requerimientos de la acumulación y del poder, y de una perspectiva nacional y transnacional de los Estados y del mercado.

El cambio o evolución del capitalismo clásico hacia el neocapitalismo y el neocolonialismo corresponde a una importante derrota del

proyecto revolucionario original, y da pie por lo menos a dos tipos de errores, los que se refieren a la *historia prevista* y los que se refieren a las propias mediaciones del capitalismo en que la historia de esas mediaciones no aparece o aparece como si fuera toda la historia; en que la estructura de las mediaciones no es registrada por la teoría, o se convierte en toda la teoría, posiciones ambas claramente metafísicas, con oposiciones sólo externas y abstractas, o sólo internas y abstractas en que el subconjunto (del tiempo o del espacio en que se vive) se deduce el conjunto, de la parte, el todo.

La "historia natural" del capitalismo y su dialéctica se mostró originalmente con una sola *determinación de probabilidades*, ya sea que ésta se refiera al desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de producción o a las contradicciones de unas y otras. En cualquier caso, los países industrialmente desarrollados creyeron "mostrar a los menos desarrollados el origen de su porvenir". Les ocultaron su porvenir neocolonial, dependiente, con *mercados cautivos* y mayorías de *trabajadores harapientos*, superexplotados. No revelaron el uso del Estado-nación como forma de consolidación del capitalismo para una redistribución de *los grados de antagonismos sociales*. Y mientras anunciaban caminos de evolución o progreso lineales, que fueron adoptados y hechos suyos por los reformistas y revisionistas, los ortodoxos avizoraron una polarización creciente de las clases, una crisis cada vez más aguda, pero también lineal. En cualquiera de esos casos, revisionistas y ortodoxos no esclarecieron "el movimiento de la sociedad moderna" en su doble aspecto de evolución de la *relación de explotación* con evolución histórico-geográfica de los *términos de la relación*, en que la relación de explotación y la plusvalía no desaparecen, sino se reformulan políticamente, y de hecho sólo desaparecen o cambian de forma y grado para una parte de la realidad y la conciencia proletaria, durante parte del espacio y el movimiento de la historia política del capitalismo.

El neocapitalismo *produce* lo fenoménico para trabajadores y filósofos. Ya no es *su* opio la religión, sino las formas mundanas. No ofrece el ser en el más allá. Oculta su propio ser creando lo fenoménico de este mundo. La dialéctica de la realidad se esconde con formas y factores, con variables y reformas, con tipos, funciones, instituciones y conjuntos. El capitalismo los modela, los crea, los mide. Por eso no cree en Dios, él es Dios. Ellos, el plan de su creación hecho realidad, la que oculta su carácter de parte o término de una relación fundante en la que está inserto y de cuyas luchas y

elementos surge lo fenoménico. Lo fenoménico se convierte en una realidad basada en la evolución tecnológica, atenta a la organización y concentración del capital y el Estado, a los regímenes políticos parlamentarios y sindicales, a la estratificación y la movilidad social, al imperialismo y el colonialismo como fenómenos de mero poder con los espacios y tiempos del derecho y la violencia, los espacios y tiempos de la civilización o la modernidad, y la barbarie, las dictaduras represivas y los estados totalitarios, en los que clasifica a todos los socialistas, ya olvidado de la diferencia esencial, del motor esencial del creador lucrativo.

Las leyes de probabilidad, las tendencias de la *evolución* resultan *necesarias* para explicar el movimiento *dentro* del sistema. Las estructuras de mediación resultan indispensables para un análisis concreto del sistema y su evolución interna. Pero unas y otras son insuficientes para explicar las rupturas represivas y revolucionarias que acompañan y suceden a las mediaciones, y la forma en que la relación esencial de explotación, las leyes de acumulación y la política, la tecnología y la guerra internacional e interna vinculan evolución y ruptura. *Lo fenoménico se vuelve esencial y es fenoménico*. Corresponde a un control innegable y a una *producción relativa de la historia* por parte de las clases dominantes. Retrasa y altera la ruptura del sistema sin acabar con el carácter histórico de éste ni con sus quiebres y crisis reales, variables, que se descubren en la lucha de relaciones concretas, con rupturas concretas económicas, tecnológicas, políticas y militares.

La dialéctica del capitalismo es incomprendible sin la de sus mediaciones. Las luchas intermedias a que se ven obligadas las clases trabajadoras y sus organizaciones no sólo son (como piensan algunos "ortodoxos") obstáculos al proceso revolucionario; no se quedan nada más en categorías *mediatizadoras* y *mistificadoras*. Son la esencia concreta de un movimiento universal, político e internacional que no excluye la continuidad de la relación esencial ni la política de violencia y fuerza ni la posibilidad revolucionaria. Las luchas intermedias no pueden ser ignoradas si se quiere entender la civilización impuesta a la clase trabajadora y a los pueblos dentro del propio capitalismo, con sus limitaciones y contradicciones como mediación real, esto es como un fenómeno que es también de las clases trabajadoras y los pueblos en tanto perdieron algo y ganaron algo. La historia de las mediaciones es una historia de triunfos a medias dentro del sistema y también fuera de él, con concesiones mutuas, acuerdos y convenios, tanto más significativos



cuanto que se trata de un sistema hecho a negociar en medio de una historia de conquistas, represiones, y liberaciones que en ningún caso cobran carácter definitivo y excluyente de los demás, ni como conquista, ni como negociación, ni como liberación.

La mala interpretación del rico proceso no es hoy radicalmente distinta a la del pasado. Se sigue creyendo en evoluciones sin ruptura y en reformas sin revolución. Se cree en una revolución sin luchas intermedias, *necesariamente* evolutivas, que al no ser tomadas en cuenta se desconocen en sus impactos reales, políticos e ideológicos, ineludibles para cualquier estrategia progresista y revolucionaria en donde ocurrieron. Se postula el estudio metafísico de evoluciones sin revoluciones o de éstas sin aquellas. Se intenta, como Althusser, reducir el marxismo a una investigación científica sólo válida en el análisis de las estructuras durante los tiempos de la mediación, aplicable sólo a cambios funcionales en los términos de la relación, cuyas reglas de validez y prueba son bien distintas a la dialéctica concreta de la lucha de clases durante sus crisis de acumulación y sus crisis de mediaciones. O se cae, como Colletti, en la postulación de una dialéctica contraria a la ciencia con dificultades para determinar en qué se parece y en qué se distingue la ciencia social y la ciencia natural. O se regresa, como Della Volpe, a la dialéctica de las "etapas" de Hegel —de los nassenos— desconociendo o negando la dialéctica científica de la "relación social determinada". Della Volpe privilegia la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la propiedad privada de los medios de producción, una contradicción que revela la historicidad del sistema. En cambio, las relaciones de producción como *contradicciones de actores pensantes* ocupan un lugar marginado, oscurecido. Así, para Della Volpe, el principio de contradicción se resuelve con el socialismo... El razonamiento es simple y falso: ¡Como en el socialismo ya no hay contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y la propiedad privada de los medios de producción, en el socialismo se impone "el principio de no contradicción"! Es la reducción de la lógica dialéctica a relaciones formales, en un afán increíble de reconciliar las dos lógicas. El autor no sólo practica un juego analógico peligroso para la comprensión de cada lógica, con sus enormes diferencias y puntos coincidentes y complementarios, sino que de esa abstracción pasa a otra más grave, en que reduce el análisis concreto a la contradicción entre las fuerzas de producción y la propiedad privada, mientras no ve el carácter cambiante de las relaciones de la lucha entre propietarios

y proletarios como punto de partida principal para el análisis de las contradicciones con sus mediaciones y rupturas.

En cualquiera de estos casos el sentido esencial de la dialéctica se abandona, aunque en otros momentos los mismos autores busquen recuperarlo. Pero en general olvidan o confunden la dialéctica que permite el análisis cualitativo y cuantitativo, histórico y político de especificación temporal y precisión político-estructural en torno a las relaciones humanas de explotación. No aclaran el movimiento de clases determinadas, encerradas, pero con márgenes de libertad y movimientos en que pierden y ganan a partir de una relación de explotación y dominación mutantes, hechas de evoluciones y crisis, de desarrollo tecnológico y penetración imperialista, de reformas y revoluciones.

La incompreensión dialéctica termina incluso con la dialéctica inicial del socialismo científico. Los fracasos de comprensión y transformación revolucionaria —dialéctica y no metafísica— determinan movimientos que oscilan entre el conformismo ante las tendencias estatales de la evolución, y la acción voluntarista que las ignora. El movimiento llamado "eurocomunismo" es ejemplo de las dificultades que existen para superar esos problemas. En sus expresiones más vulgares no distingue los cambios de los términos de la relación y los cambios de la relación, ni lo que tienen de estructura y lo que tienen de coyuntura. Así, en muchos de sus planteos, determina apenas (porque decide ignorar o porque decide olvidar) las diferencias entre Estado y sistemas políticos, entre clases y estratos, entre dictadura social y dictadura política, entre legalidad burguesa y legalidad revolucionaria, entre lucha en condiciones de legalidad formal y lucha en Estado de sitio. A la pérdida del rigor teórico en el manejo de las categorías del marxismo clásico, añade un *vacío de rigor dialéctico y empírico* para la determinación de las categorías en el neocapitalismo, y la formulación de *teorías-posiciones* que caen frecuentemente en el orden de las opiniones políticas con reglas de adopción circunstanciales, a veces profundas para actuar y hacer el futuro comprendiéndolo pero también superficiales y banales para describir o explicar acciones repetidas que cobraron otros movimientos. El intento de superar esta falla de rigor mediante la seguridad estructuralista (Althusser), o mediante la ampliación de las "representaciones" marxistas con inclusión de las de Hegel, Kant o Rousseau lleva a que descansen el juicio sobre la sociedad contemporánea en su comportamiento como estructura formal, o en "juicios generales" eclécticos y también for-

males. Con unos y otros se pierde la doble realidad de la estructura y la doble conducta de la historia: lo político subsume al poder, la evolución, a la revolución.

La originalidad de Gramsci, y la base de su riqueza conceptual, provino de su extraordinaria capacidad para comprender al doble fenómeno como estructura y proceso, al filo del fascismo, en las antesalas históricas de una revolución europea que él concibió como acumulación de fuerzas dentro del sistema, y como guerra de posiciones que no descarta la de movimientos aunque ésta ya no sea, como en Lenin, el centro de su investigación.

Las aportaciones de Gramsci siguen constituyendo una fuente de inspiración fundamental de la investigación y la especulación socialista y marxista europea. Pero la presión histórica y social es otra. El discurso del "eurocomunismo" — a pesar de sus muchas versiones— se ve en general limitado por una práctica política y sindical que tiende a desentrañar las características democráticas del gobierno, y las socialdemócratas de la sociedad capitalista. En el mejor de los casos, en el más lúcido y profundo, el ideólogo "eurocomunista" ve las clases, la lucha de clases, la dictadura social y militar de la burguesía, la contradicción de los sistemas sociales —del capitalismo, el socialismo real y el socialismo ideal— pero pone énfasis en las contradicciones del socialismo real y el socialismo ideal, esto es, del socialismo alcanzado y del que quiere alcanzar el proletariado europeo; o destaca la lucha inmediata y cotidiana por sistemas políticos más democráticos, y por reformas sociales dentro del sistema capitalista. Todo ello ocupa la parte principal de su discurso, aunque aclare teóricamente y en su acción hegemónica que lucha también por el socialismo, por un nuevo socialismo.

El "eurocomunismo" de hoy se distingue objetivamente del pensamiento de la Primera Internacional porque el "sujeto revolucionario" ya no tiene sólo "las cadenas de perder", ya no lucha contra la explotación absoluta del capitalismo clásico y contra el *esclavismo de la fábrica*, sino contra la explotación *relativa*, y entre mediaciones políticas y sindicales e incluso sociales, con *sistemas políticos* y con *estratos* que constituyen un espacio inmediato ineludible, en que se apoya, de que parte y en que a veces se queda, como los politólogos o los sociólogos empiristas, aunque con su propio lenguaje. En ese sentido es una filosofía limitada espacial y temporalmente y no tiene el carácter universal o universalizable que en los puntos esenciales alcanzó el marxismo clásico. El euro-

comunismo, como la socialdemocracia, encuentra en los sistemas políticos y las estratificaciones sociales elementos de reflexión aplicables a otros contextos, aunque en formas más limitadas que las reflexiones marxistas sobre la explotación y la revolución. De su especificidad no escapa la experiencia de libertad y crítica que alcanza el hombre con el desarrollo de las fuerzas productivas, con la desacralización de la vida, ni la experiencia democrática de sindicatos, parlamentos y círculos intelectuales, pero su pensar consumista, aprisionado en las relaciones de producción dominantes, y su crítica de la sociedad, inserta en esas relaciones, limitan su lógica a la del pragmatismo y al empirismo, y su crítica dialéctica a una crítica prepotente y formal que pretende universalizar la historia europea en forma paradigmática.

La situación objetiva del eurocomunismo o eurosocialismo —de la clase obrera europea y sus organizaciones— lleva con frecuencia a opacar las leyes que siguen siendo válidas durante las crisis agudas, a la hora de la represión neofascista, y en espacio olvidado de la represión neocolonial. Lleva a encubrir sobre todo la estructura central de la explotación y su carácter esencial y prioritario, *determinante* de toda una situación social que se oculta tras las mediaciones. El resultado es no sólo un desconocimiento de la *dictadura social* de la burguesía sino la distancia psicológica y epistemológica que se pone frente a su potencial y práctica de violencia, manifiestos hoy en la ideología doctrinaria de la "guerra interna", la "contrainsurgencia", las "guerras limitadas" y la "sociobiología", una ideología con la que el imperialismo prepara a sus ejércitos, cuerpos de seguridad y grupos de choque para casos de crisis grave y confrontación nacional e internacional.

Paradójicamente quienes denuncian estos hechos y revelan sus implicaciones para la propia Europa están lejos de conducir a las masas del proletariado europeo, y por lo general son los que caen en las acciones "voluntaristas" y "espontaneístas", "terroristas" a menudo utilizadas por la extrema derecha para imponer "modelos de desestabilización" y represión contra los movimientos democráticos. Otros, como los trotskistas, pierden parte de la comprensión del proceso y la estructura por el ataque obsesivo y prioritario contra el "socialismo real" y contra los partidos comunistas (como Claudín o Mandel), y otros más, en el seno de los partidos comunistas constituyen voces aisladas y acalladas, como Balibar.

De la confrontación de las experiencias con los ideales muchos son los que pasan a explicaciones puramente manipulatorias ("Millones de obreros se han dejado seducir" —dijo una vez Mandel—), o a acusaciones psicologistas sobre "el oportunismo de Carrillo", o invocan arquetipos abandonados y pasan a la crítica de una realidad culpable en estados que llaman post-capitalistas. Para ellos el fin está antes del comienzo, en la estrategia metafísica de un proceso revolucionario, que los otros sólo ven en los comienzos con esa otra metafísica en que el fin repetirá indefinidamente lo actual. Las aclaraciones en contra, sus matices en las tesis principales, son siempre secundarias. (En la estrategia dialéctica, en cambio, el resultado está desde el principio y hay que pensar en el resultado desde el principio cumpliendo las tareas actuales). Los "euros" y sus críticos locales optan entre el comienzo y el fin, entre la tarea actual y la tarea final como si fueran necesariamente excluyentes. No sólo se les escapa así la dialéctica del mundo, sino la del movimiento en que están insertos. En ella se encuentra esa gran novedad de la política de masas hegemónica —crítica de clase y masas— que desentrañó Gramsci, y que sólo en parte conservan en su dialéctica mutilada. En general se expresan con un temor mágico europeo frente a ciertas palabras impronunciables, un temor fundado en términos de una sociedad de consumo-ideológico, de best-sellers, de luchas electorales y de pragmatismo teórico. A los nuevos y grandes descubrimientos sobre la lucha de clases, como lucha de grandes masas por la hegemonía y el poder en las sociedades capitalistas tardías y en un universo de metrópolis que incluye a la periferia del mundo con sus propias metrópolis internas, añaden un trabajo teórico y semántico en que es necesario estudiar lo superficial, lo ambiguo, lo elusivo y lo inconsecuente. Su modo de pensar y expresarse choca con el nivel de la lucha, de la reflexión y las palabras, en regiones como las de Centroamérica y el Caribe, del Medio Oriente y Angola, para sólo mencionar unas cuantas, y sin embargo encuentra en los círculos profesionales y políticos del Tercer Mundo, y sobre todo de América Latina, quienes quieren seguir viendo en ellos a los maestros incontestables del más riguroso y moderno pensamiento marxista, nuevos Parsons admirados, con el mismo estilo y los mismos fines de detener a la izquierda. Los malintencionados o ridículos epígonos de los nuevos "paradigmas" no advierten que sus academias y partidos urbanos, allí donde subsisten, están rodeados por la selva, acosados por la violencia. En la seguridad académica del intelectual eurocomunista y sus corifeos se encuentra todo un estilo de dominación colonial y burguesa. Su fascinación proviene de actitudes y desplantes men-

tales del criollo aliado al peninsular, y de esa dominación que ejerce como supuesto vital del pensamiento la "irrestibility of the petite bourgeoisie" que vive con cuidado el radicalismo de sus palabras, sus actos y sobre todo su pensamiento.

La acumulación ideológica conservadora es en todas partes impresionante. En Europa adquiere caracteres a la vez cotidianos y monumentales. De Hobbes, Constant, Tocqueville, Weber, Durkheim, Nietzsche, Bergson, Hayek, Heidegger, el pensamiento y el estilo no sólo pasan a los neoconservadores de esa misma región y de Estados Unidos —con los ideólogos de las Thatcher y los Reagan— sino que se insertan en el propio pensamiento de la izquierda socialdemócrata y eurocomunista.

La acumulación del pensamiento revolucionario y progresista siempre ha sido más difícil. Su necesidad crítica y sus variaciones tácticas tienden a priorizar los enfrentamientos internos por encima de los acercamientos y la búsqueda de afinidades, o de continuidades. Las luchas de la social democracia contra el liberalismo, del bolchevismo contra la socialdemocracia, y las que llegan hasta nuestros días en procesos más y más radicales destacan oposiciones globales, y someten las teorías a las circunstancias en apasionados ataques. Mientras tanto, en las propias corrientes progresistas, e incluso marxistas, el pensamiento conservador, con sus versiones radicales del weberianismo y del proudhonismo, se inserta en un lenguaje y en un pensamiento que se dicen más revolucionarios que cualquier revolucionario, y cuyos voceros se presentan como una especie de profesores displicentes, enojados e irónicos siempre sabios y seguros. Su impacto sobre los colonizados mentales es enorme. Dedicados a atacar a los países socialistas más por socialistas que por burocráticos usan el metalenguaje weberiano de que "toda socialización creciente significa burocratización creciente" y los múltiples metalenguajes conservadores de soberbio estilo anarquista contra el *mal* del Estado socialista. A la postre, con el pretexto de atacar a la burocracia y al Estado, hacen de su principal tarea intelectual y persuasiva un ataque sistemático al socialismo y a las fuerzas que luchan por el socialismo. La crítica a la burocracia y al Estado, que podría ser legítima, que es necesaria para luchar por un socialismo cada vez más fuerte y democrático, no se queda allí. Se complementa con generalizaciones de lo inmediato europeo como teoría de lo universal, con categorías y palabras tabú como "imperialismo", "explotación" y "lucha de clases". Algunos pasan de criticar el "reduccionismo de clase" a un reduccionismo sin lu-

cha de clases, y muchos hacen suyos los tabús que en materia de categorías tiene el estructural-funcionalismo, mientras se declaran insistentemente marxistas. Su obsesión es pasar de la alternativa sin crítica a la crítica sin alternativa. Nunca insisten tanto en llamarse marxistas como cuando asedian una alternativa real. Y desde luego se ensañan contra cualquier alternativa real local, indígena, nativa. Cuba y Nicaragua no tienen nada de alternativa; incluso es un gusto hablar contra ellas, sobre todo contra Cuba, y sobre todo desde que es socialista. El múltiple recurso les permite una gran dosis de ambigüedad y de equívocos en que instalan la dictadura del profesor y del publicista para desplegar las más variadas formas de un pensamiento descentrado, con luchas parciales secundarias y castradoras que no tienen expresión política ni revolucionaria, esto es cuya expresión política implícita y cuyo papel político real son conservadores. Con la crítica a la retórica de los países y organizaciones militantes usan una retórica-crítica que se ensaña (con razón) contra los lugares comunes, las frases hechas, los clichés y los slogans de un lenguaje envejecido y estéril, abundante en los partidos comunistas y en los documentos que éstos publican. Pero para sustituirlo no proponen otro que también sea movilizador, "socializador" de conductas, exacto, claro, expresivo y revolucionario. En la conceptualización de la lucha de clases contemporánea critican con razón a quienes no ven las novedades, a quienes aplican los conceptos de la II Internacional e incluso de la III, y no se diga ya de la I, pretendiendo que la lucha de clases concreta es hoy como era entonces, lo que resulta una aberración que ellos destacan. Pero formulan sus críticas más con un criterio positivista que con uno dialéctico, progresista o revolucionario. En vez de decir: "En X lucha de clases surgió tal teoría. Las características de esa lucha que se dan hasta hoy (y aquí) son A, B, C, y las nuevas D, F y J". En vez de ese modo elemental de registrar continuidades y discontinuidades limitan su esfuerzo a criticar el pensamiento revolucionario del pasado (o de otra región) para proponer uno que no sea revolucionario o que incluso sea contrarrevolucionario y que no logra en las condiciones concretas de la clase obrera europea ser siquiera progresista. Maestros coloniales organizan el diálogo del colonizador y del colonizado olvidando como Syme en *El Hombre que fue Jueves*, que uno no puede organizar ambas partes del diálogo, salvo cuando no hay diálogo sino servidumbre a un diálogo aparente. Dueños de la cena y de la escena piden no hablar del hombre ni de Cuba o Nicaragua, o hablar mal de quienes hablan del hambre y bien de aquellas. "No hables del hambre, de la explotación, porque no se vale. No hables con entu-

siasmo de Cuba o Nicaragua porque le quitas racionalidad al discurso, y así ya no se puede discutir seriamente. Vamos a discutir de todo menos de la explotación, y con pesimismo del socialismo: ese es el nuevo marxismo, el "socialismo científico". Un "análisis del contenido", y en el sentido estricto de la expresión, daría en su discurso o su obra un mínimo de menciones del imperialismo y *ninguna* crítica contra el imperialismo norteamericano o europeo.

En cambio aparecerían numerosísimos argumentos contra las burocracias, el socialismo real, los países socialistas, a los que "se les debe quitar el nombre", y la clase obrera, a la que se le debe quitar la "centralidad", tal vez un poco antes de que vuelva a ocuparla en la propia Europa. Clausewitz habla de la intrepidez como una virtud que "vale para el ciudadano y el soldado, para la Nación y el Estado". Estos profesores audaces, la tienen en un último grado para quitársela si pueden a los ciudadanos, soldados, naciones y Estados que luchan por el socialismo.

En la ambigüedad está el problema. ¿Cuál es la diferencia entre las críticas al socialismo real de los liberales conservadores y los socialistas democráticos-y-revolucionarios? La diferencia está en privilegiar siempre la crítica a un imperialismo cada vez más agresivo, en destacar el papel *objetivo* de los países socialistas en una lucha de carácter mundial, en revelar la importancia que sigue teniendo la lucha contra las formas nuevas del colonialismo y la explotación de un sistema esencialmente basado en el lucro. Esa diferencia no se aclara. La ambigüedad entre el liberal que critica y el socialista que crítica se mantiene con mágica simpatía. La crítica necesaria no aparece con la necesaria alternativa, real e ideal, de lucha actual por el poder, con el poder actual y con los ideales sociales de un poder socialista, ampliado como socialismo, y fortalecido como democracia socialista.

Y hay algo más: confusión de categorías. Hay una adopción de categorías liberales que confunden "sociedad civil" y "Estado", que olvidan la existencia del capital en la "sociedad civil", y juntan a todos los Estados sin importar las diferencias de clase; o que niegan la existencia de una lucha entre socialismo e imperialismo reales, o que ningunean la lucha anticolonial viéndola como meramente nacionalista, atrasada y exótica.



Al insertarse la metafísica en el marxismo europeo, más que plantear las condiciones reales de lucha por un socialismo democrático en Europa y otras regiones del mundo, lo que se da en los hechos, más allá de la retórica, es el europeo heredero del legado colonial, beneficiario de las concesiones social-demócratas, y lo que se oculta es la brutalidad que está adquiriendo la ofensiva imperialista contra los países socialistas y en particular contra los del Tercer Mundo.

Ambigüedad y confusión tienden, hasta sin quererlo, un puente al pensamiento neoconservador que hoy domina en Washington y que ha hecho del friedmanismo, la sociobiología, la "power policy" hobbsiana y los "marinnes", el "experimentalismo" y el "tecnocratismo" trilateral, y el uso del pensamiento renegado socialista (hago una enumeración rigurosa) un aparato guerrero que está llevando al mundo a un nivel de violencia superior al previsto, como ocurrió contra "el judío" en la Alemania nazi y que hoy ocurre contra "el palestino" en el Medio Oriente, exterminable aquel como "raza maldita" y éste como "terrorista maligno".

Frente a la brutalidad de una lógica más temible que la nazi, en tanto que es considerablemente más rica e igualmente inescrupulosa, sólo la respuesta vietnamita y la claridad ideológica de los grandes frentes democráticos antifascistas y antiimperialistas permitirá impedir el holocausto nuclear y contestar al terrorismo real del Estado imperialista y sus elementos antipopulares de lucha, con una política coordinada que vuelva a dar prioridad a la lucha por el socialismo y la liberación, y que en la propia Europa no sólo plantee en abstracto— la lucha por un socialismo democrático, que al quedar en la confusión y la ambigüedad es vista con benevolencia por el imperialismo europeo y hasta por el norteamericano, sino la lucha contra el imperialismo europeo y el norteamericano.

Peter Steinfels, en un libro titulado *The Neoconservatives. The Men who are Changing American Politics*, ha escrito refiriéndose a quienes hoy inspiran el pensamiento de la administración Reagan: "The neoconservatives... retained some of the elements of their early marxism, enough at least to provoke later critics to call them "quasi-marxist conservatives" or the equivalent".

Sería ridículo afirmar que el pensamiento marxista europeo que ha retenido algunos elementos del pensamiento metafísico es un "cuasimarxismo conservador" o corresponde sólo a un pensamiento neoconservador. Pero el simple hecho de que sea necesario aclarar la diferencia plantea la prioridad ideológica de acabar con las ambigüedades y las confusiones. En la diferencia está el problema intelectual.

---

PABLO GONZALEZ CASANOVA. Filósofo mexicano, investigador sobre temas de América Latina, profesor de la Universidad Autónoma de México.